

Los otros que (no) vemos

-GONZALO PORTOCARRERO -
Sociólogo

Hace poco tomé un taxi hacia el Centro de Lima. El chofer conducía un auto Kia bastante nuevo. Y como estaba en el humor de hablar le pregunté una cosa y otra, y como él compartía ese humor, nos pusimos a conversar. Me contó que estaba contento. Trabajando 12 horas al día lograba llevarse a su casa 3.000 soles netos. Ya veía a sus dos hijos, aún pequeños, estudiando en la universidad. Esa era su ilusión. Su manera de manejar era bastante avezada: cambiar de carril obligando a frenar al carro que viene atrás, pasarse la luz que acababa de cambiar a roja. Estas maniobras eran parte de su estilo, de manera que las ejecutaba con soltura y naturalidad. La mayoría de los choferes que hacen servicio público maneja así. Por mi lado pensaba que este señor podría ser considerado parte de la llamada clase media emergente. Ese grupo que ha crecido con el 'boom' económico de los últimos años y que muchos valoran como el llamado a protagonizar la consolidación de la democracia en nuestro país.

En medio de la fluidez del diálogo hizo un comentario que me dejó impresionado. El Metropolitano es un fastidio, me dijo. Ha malogrado el tráfico, le ha quitado fluidez, pues se lleva un carril, estrangulando calles como Lampa o Emancipación. Lo que me sorprendió de este comentario fue la ausencia de cualquier mención a los intereses de los otros. Para estar en contra del Metropolitano le era suficiente constatar que a él le hacía perder tiempo y dinero. Los demás no entraban en su cuenta. El tiempo que pueden ganar las miles de personas que se movilizan en el Metropoli-

tano era algo que no le interesaba. Menos aun había pensado la situación en términos sociales, pues es obvio que, pese a que haya perjudicados, el Metropolitano permite una economía de tiempo muy significativa para muchísima gente. Esta falta de empatía con los otros y este poner por delante, en forma automática, el propio interés es justamente el síntoma de la debilidad de la conciencia y el sentimiento ciudadano en el Perú.

Un ciudadano es una per-



sona que tiene intereses específicos, pero que también tiene la posibilidad de colocarse en el lugar de los otros y, por tanto, puede evaluar la posibilidad de sacrificar un beneficio particular en función de un incremento del bienestar general. Si la persona no ve más allá de su propio interés es porque no se siente parte de una colectividad, porque no ve a los otros.

Entonces esa persona no es un ciudadano. Podrá ser un empresario o trabajador gremialista que se juntará con otros con el

mismo interés para hacer lobby o protestar en la calle, pero no es un ciudadano. Su actitud natural será la reivindicación intransigente de lo suyo y la indiferencia a todos los asuntos públicos que no le conciernen directamente.

Y un país donde hay poca conciencia ciudadana tiende a ser ingobernable. Es decir, si no hay una convicción de que nuestros destinos son interdependientes, y que los intereses de los más vulnerables deben ser priorizados, entonces lo que tenemos es el conflicto permanente y la imposibilidad de negociarlo apelando a la razón, siendo esta el interés general y la conveniencia del mayor número.

Y es lamentable pero es verdad: la debilidad del sentimiento ciudadano empieza en la misma cumbre de nuestra clase política. Para empezar, tenemos un ex presidente preso, y a otros dos con presunciones muy serias de malos manejos en sus respectivos períodos de gobierno. Y así (casi) toda la institucionalidad estatal está atravesada por el primado del interés particular sobre la conciencia ciudadana. Es la lógica del rey Luis XV que solía decir: "Después de mí, el diluvio". Frase que en el contexto peruano podría traducirse como "Si otros lo hacen, por qué no voy a hacerlo yo". Habrá ciudadanía en el Perú cuando la mayoría se diga a sí misma: "No porque él lo hace lo tengo que hacer yo". En realidad, el chofer de taxi al que me he referido es solo un discípulo de aquellos que adquieren autoridad para beneficiarse ellos mismos.

Mientras no veamos a los otros y no tomemos conciencia de que su destino y el nuestro están vinculados de muchas maneras, nuestro país será cada vez más difícil de gobernar.



ILUSTRACIÓN: VÍCTOR AGUILAR